

TARDE XLVI

NADA HAY OCULTO

Hombre perverso y villano
Avezado en la maldad,
Tu necia temeridad
Pretende ocultar en vano
Los crímenes que inhumano
Cometes; si con delicia
Presumes en tu malicia
Que siempre vas á triunfar,
Tiembra, por que ha de llegar
El día de la justicia.

No faltaron al día siguiente madama Leclerc y su familia en la granja de Palemon, en donde fueron recibidos con la mayor cordialidad; y aquella, luego que le prestaron atención, continuó su relato en estos términos :

Fin de la historia de Emiliano.

Luego que me vi separada de mi hijo, me acometió un fuerte desmayo del que no volví en un gran rato; quise despues arrojarme por la ventanilla del carruaje que corria á todo escape; pero el hombre que se sentó á mi lado me contuvo. Así caminamos toda la noche por sendas extraviadas hasta que al amanecer llegámos á la puerta de un castillo en el que entró el carruaje;

y el que me acompañaba, al hacerme bajar me dijo : Ya estáis en un sitio seguro, donde hace mucho tiempo se os espera.

Estas palabras me hubieran dado á conocer que me hallaba en el castillo de Armance aun cuando no se hubiese presentado luego el conde. Debo excusaros la escena de acriminaciones que entre ambos pasó, en la que me anunció que Leclerc estaba ya encerrado en la Bastilla; y me prometió que volveria á ver á mi hijo, si la conducta que con él observaba me hacia acreedora á ello. El resultado fué mandar al hombre que me habia acompañado, y era su mayordomo, que me condujese á mi habitacion, jurándome que no volveria á disfrutar de libertad si no me manifestaba ménos ingrata de lo que hasta entónces habia sido : y por via de gracia permitió me acompañase mi criada Juana.

La habitacion que nos destinaron se hallaba situada en el piso segundo del castillo, y tenia una ventana que daba al campo, defendida por una fuerte reja de hierro; allí quedámos encerradas : al mediodía nos llevaron algunos manjares que no pude probar, y lo mismo hicieron por la noche. Dejo á vuestra consideracion cuál seria mi estado, léjos de mi esposo á quien creia preso, y separada de mi hijo, con fundadas sospechas de que habia perecido; baste deciros que enfermé tan gravemente, que estuve á punto de espirar. La naturaleza triunfó del mal y llegué á restablecerme, pero nunca permiti que el conde entrara en el cuarto, amenazándole con que si pasaba de la puerta me quitaria la vida á su presencia; y hasta habia formado el designio, si llegaba á ostigarme, de clavarle en el pecho un puñal que tenia oculto entre la cama.

De este modo trascurrió mas de un mes sin que se separasen de mi memoria los recuerdos de mi esposo y de mi hijo, ni poder concebir un plan realizable de evasion, ni la mas remota esperanza de libertad. Una noche que por entre los hierros de mi prision contemplaba la hermosura de los campos iluminados por la luna, y envidiando á los que podian con libertad recorrerlos, procuraba aliviar las penas de mi cautiverio, me pareció oir á lo léjos un laúd, que me causó una conmocion agradable; fué acercándose poco á poco el sonido hasta que pudo percibirse distintamente que entonaba una cancion amorosa alusiva á mi cautividad en poder de un malvado, y haciendo mil protestas de amor.

Juana, dije apénas cesó la voz, ¿qué te parece? ¿No hallas una identidad asombrosa entre la cancion y mis desgracias? ¿No puede muy bien ser Leclerc que haya descubierto mi encierro? Juana

no pudo ménos de convenir en la exactitud de mis observaciones, y entónces yo agité en la ventana mi pañuelo blanco en señal de inteligencia. Á pesar de que la noche era clara no pude distinguir sino muy confusamente un jóven vestido de pastor que se conservaba á alguna distancia, el cual volvió á tocar, cantó una ó dos estancias de despedida bastante vulgares, pero bien adecuadas, y desapareció.

Este acontecimiento llenó mi alma de las mas lisonjeras esperanzas; así pues, á la mañana siguiente cuando fué el conde no manifesté tanto encono contra él; pero le reconvine por el modo poco galante con que me trataba, y le dije que no era el medio mas á propósito para agradar, el tenerme como un reo de estado privada de toda distraccion, sin libros, sin papel ni recado de escribir; él tambien me habló con dulzura, quejándose de mi empeño en no ver en él otra cosa que un encarnizado enemigo. Retiróse poco tiempo despues, y aun no habia trascurrido un cuarto de hora cuando llegó el mayordomo, única persona á quien veia, con libros, papel y tintero, advirtiéndome que cualquiera otra cosa que se me ofreciese no tenia mas que pedirla.

Inmediatamente tomé la pluma y escribi lo que sigue :

« Quienquiera que seáis, hombre generoso, indicadme los medios de salir de esta prision, y contad con mi eterno agradecimiento. — *Carolina Leclerc.* »

Envolví en este papel una piedrecita para que hiciera peso, y le até con una cinta bastante larga que tenia en mi baúl : de este modo esperé con impaciencia la próxima noche. Llegada esta y entregados al descanso los habitantes del castillo, volví á oir el laúd como la noche anterior. Juana habia sido pastora en sus primeros años y silbaba á las mil maravillas; la mandé silbase el estribillo de una cancion que concluia

Tú que blasonas
De tierno amor,
Acude al punto,
Ven á mi voz.

Apénas Juana terminó su estribillo, el fingido pastor se acercó á la torre y poniéndose debajo de la reja recogió el papel y desapareció. Con sumo cuidado me tuvo toda la noche mi atrevimiento, y mas de una vez me ocurrió la idea de si seria alguna estratagemata del conde para distraerme; pero la esperanza tuvo en mi

mas poder que el recelo, y cuando el conde fué me encontró en lo posible contenta; y le manifesté deseos de ver el castillo. Se apresuró á complacerme, y visitámos los diferentes pisos, alas, torres, parques y jardines de aquella antiquísima fortaleza. Cuando estuvimos en la habitacion debajo de la mia, observé que en el suelo habia una especie de trampa, la cual correspondia con otra que habia en el techo; pregunté su uso, y me dijo el conde que aquellas trampas correspondian con otra que habia en el piso bajo, y la de este con un pozo: que á una señal convenida se alzaban todas y precipitaban al abismo á los infelices de quienes pretendian deshacerse los antiguos señores. Temblé por mí misma al oír esta noticia y pedí me enseñasen la habitacion baja, á lo que accedieron gustosos, y en ella advertí que en efecto las trampas se correspondian, y la ventana sobre no tener reja, se elevaba solamente unas dos varas del suelo; cuyas observaciones me bastaron para meditar el plan que despues os diré. Volví á mi cuarto y el conde se despidió diciéndome que á vuelta de dos ó tres dias me manifestaria un proyecto de cuyo éxito dependia mi libertad y la de mi esposo.

Esperé con impaciencia la noche, llegó esta y dejóse oír el laúd á la hora acostumbrada; eché por la ventana la cinta con la piedrecita al extremo, y tirando de ella poco despues vi que venia atada una carta de letra de mi esposo, que decia así:

« ¡ Por dicha he descubierto dónde te hallas, querida y desgraciada Carolina! sabe pues lo que me ha sucedido. El dia con-
» venido fuí á Chartres á casa de mi amigo Belville: ¡ cuál sería
» mi sorpresa al preguntar por ti, y responderme que no habias
» parecido! Esperé, pero no llegaste; esperé otro dia y sucedió
» lo mismo. No podia presentarme en Paris, por no exponerme
» á que me prendieran en virtud de la órden que habia para ello.
» Supliqué á Belville que fuese á informarse: y los dos dias que
» tardó en volver fueron dos siglos para tu triste esposo. Estuvo
» Belville en tu casa, donde no habias parecido despues de tu
» partida; fué á ver á nuestra afligida tia, que no le pudo dar
» noticia alguna de ti; ¡ cruel inquietud! No pudiendo sufrirla,
» fuí de noche á Paris; estuve con madama Leclerc, y la supliqué
» hiciese las mas vivas diligencias en averiguacion del sitio donde
» te hallabas. Nuestra buena tia, sospechosa de alguna traicion
» del conde, se valió de todos sus amigos, y llegó á saber que un
» criado de Armance habia descubierto tu habitacion en Paris;
» que velando sin cesar al rededor de tu casa, vió una mañana

» parar á tu puerta una silla de posta: que al punto que subias
» á ella con tu hijo y tu criada, el agente del conde preguntó al
» postillon dónde os llevaba, y que este sin el menor reparo se
» lo dijo, lo que tú, ocupada en acomodar tus efectos, no advertirias. Ya no nos quedó duda de que el conde habia sido tu
» raptor; pero no podíamos saber adónde te habia conducido. La
» tia al instante recurrió al intendente de policia, quejándose de
» que el conde de Armance le habia arrebatado una sobrina que
» amaba entrañablemente; pero este magistrado le respondió:
» El señor conde tiene mucho valimiento, y es difícil, por no decir imposible, recobrar la jóven que pedís. Ni adelantaréis
» nada con acudir á S. M., por el influjo que tiene en palacio.
» Entónces resolví valerme de otros medios. Presumí que estabas
» en este castillo y veo que no me he equivocado.

» Díme la disposicion en que se halla la parte interior del castillo, y las gentes que le guardan, para que yo pueda disponer
» alguna invencion favorable. Te prevengo que este castillo y
» las tierras adyacentes son precisamente los bienes que el conde
» y Dubourg robaron al infeliz á quien dieron veneno; y esto
» debe hacerte mas odiosa semejante morada. Mañana á la misma hora espero tu respuesta. »

Apénas la leí y pude contener los ímpetus de mi alegría; viendo que el fingido pastor estaba aun al pié de la torre, até á la cinta un papel que tenia dispuesto en que le decia:

« Me ocupo de un gran proyecto, del que creo he de salir bien;
» para economizar tiempo, no te puedo escribir largo. Mañana á
» média noche estarás bajo de la ventana del entresuelo, yo la
» abriré, y por ella bajaré á tus brazos. Dispon las cosas de modo
» que podamos huir con seguridad, y cuenta con la criada para
» este efecto. »

El dia siguiente pasó con corta diferencia como los anteriores: apénas el mayordomo se retiró por la noche, despues de darnos la cena, dejando la habitacion bien cerrada, cuando empezámos á trabajar Juana y yo para evadirnos; levantámos algunos ladrillos del suelo, alzámos una tabla, y quedó descubierto el piso principal. En seguida, hicimos jiras las sábanas de ambas camas, y anudándolas convenientemente atámos arriba una de ellas para por ella descolgarnos, y arrojámos las otras al piso de debajo. Bajámos la palmatoria por medio de unas cintas, y en seguida nos descolgámos una despues de otra por la sábana que quedó pendiente.

Cuando nos vimos en el piso principal tratámos al punto de levantar la trampa, cosa que nos costó bastante trabajo, por estar fuera de uso hacia mucho tiempo; pero al fin conseguimos alzar una de las dos hojas de que constaba; atámos la segunda sábana á la otra, arrojámos las restantes al piso bajo, bajámos la luz por medio de las cintas y nos descolgámos tambien con la mayor facilidad. Solo nos separaba del campo un enrejado de alambre, y del suelo unas dos ó tres varas de altura: el alambre cedió al puñal que no olvidé de bajar conmigo, y las sábanas restantes nos bastaron para encontrarnos en el campo. Era ya média noche, y Leclerc llegó á tiempo de recibirme en sus brazos ántes de tocar el suelo; pero nuestra alegría no fué completa: al punto me preguntó por Emiliano, y mis lágrimas le contestaron lo que mi boca no podía responder. Entónces su lengua se desató en injurias contra el conde, proponiéndose denunciar los crímenes que habia cometido, y nos costó trabajo á Juana y á mí hacerle comprender el peligro en que nos hallábamos, para que conduciéndonos donde los caballos nos esperaban, nos dirigiésemos á medio galope á Paris. Fuera muy largo de contar los extremos que al vernos hizo nuestra tia madama Leclerc, su excesiva alegría, y su pesar al saber nuestra incertidumbre acerca de la suerte de Emiliano. Solo diré que las diferentes emociones que en aquellos dias habia sufrido, alteraron mi salud y me fué preciso quedarme en cama algunos dias: al levantarme supe que la divina Providencia habia dispuesto el castigo del conde: hé aquí de qué modo sucedió:

Al tiempo de mi evasion del castillo de Armance, como el único cuidado que nos agitaba era el de la fuga, hubimos de dejar la luz tan inmediata á las sábanas que colgaban, que prendiéndose fuego en ellas y pasando de piso en piso se cebó en el mueblaje de la habitacion que habíamos tenido, y de aquí pasó al techo extendiéndose despues por todo el edificio. Precisamente pasaba por aquellas inmediaciones un destacamento de tropas, que al ver el incendio se dirigieron al castillo, despertaron á los que le habitaban, acudió la justicia y vecinos del inmediato pueblo, y entre todos lograron apagar el fuego; pero no quisieron retirarse hasta haber registrado bien el edificio, para persuadirse de que no se volveria á reproducir, y por ver si alguno habia perecido, pues se advertia la falta de dos mujeres que ocupaban el segundo piso de la torre incendiada.

En estas investigaciones bajaron á un pozo seco que habia de-

bajo de la trampa, y en el fondo de él encontraron un cadáver, que aun cuando sus ropas, podridas ya, denotaban que hacia mucho tiempo se hallaba en aquel sitio, sin duda por la frescura del lugar, por la arenosidad del terreno, ó por cualesquiera otras causas conservaba aun las carnes en toda su frescura y sus facciones no se habian aun desfigurado. El oficial del destacamento conoció en el difunto á un tio suyo que hacia muchos años se ignoraba su paradero, y que habia sido dueño de aquel castillo. Dirigió al conde algunas preguntas, y lo poco satisfactorio de las contestaciones, su aturdimiento y la mortal palidez que cubrió su semblante, fueron suficientes motivos para que la justicia que se hallaba presente le redujese á prision.

El dia que siguió á aquella agitada noche se presentó el oficial al rey quejándose del conde por el crimen cometido contra su tio, que ya resultaba justificado por las declaraciones de los antiguos criados de la casa, y S. M. le condenó á encierro perpétuo y secuestro de sus bienes en favor del expresado oficial como heredero legítimo del difunto. De este modo quedámos ya tranquilos, pero como nuestros haberes habian quedado en poder de Emiliano, nos vimos precisados á deshacernos de algunos muebles y alhajas que aun conservábamos en casa de mi tia. Con su producto se dedicó Leclerc al comercio bajo tan buenos auspicios, que en ménos de diez años ha adquirido una fortuna considerable, sin tener durante ellos mas desgracia que la de perder á nuestra amada tia, la que nos ha dejado un grato recuerdo en la hermosa Rosalía su hija, que es la jóven que tenéis presente.

Aquí dejó de hablar madama Leclerc y las atenciones de los niños se dirigieron á la prima de Emiliano, á quien hallaron muy digna de los elegios de aquella, principalmente Leon, que al encontrarse sus ojos con los de aquella tímida doncella, no pudo ménos de sofocar en su pecho un profundo suspiro, que de haberle dejado salir libremente hubiera revelado una naciente pasion.

Faltaba solamente saber cómo habia sido el hallar Emiliano á sus queridos padres, y el jóven lo refirió con la mayor brevedad y sencillez. Fué á Paris con Brígida á hacer algunas compras, y terminadas estas llamó á un mozo de esquina para que las llevase á su posada y las ayudase á cargar en el carruaje. Estando en esta operacion pronunció Brígida el nombre de Emiliano, y al oirle el mozo dió un profundo suspiro y dijo que así se llamaba un niño que se le habia extraviado en el camino de Chartres. Es-

tas palabras hicieron concebir á Brígida y Emiliano la sospecha de si sería él mismo el muchacho de quien trataba ; le preguntaron y supieron de él que habia sido uno de los lacayos que Armance habia mandado á sorprender el carruaje de madama Leclerc. Justificado que Emiliano era el mismo niño que el que el mozo decia, le preguntaron qué sabía acerca de sus padres, y contestó que lo único que sabía era que su padre se llamaba Leclerc ; pero acerca de su paradero lo ignoraba completamente, aunque acaso lo sabría un tal Milet, compañero antiguo suyo en casa del conde. Este Milet era el cochero del conde que habia llevado á Carolina á la casa de madama Leclerc en vez de conducirla al castillo de Armance, como ya hemos visto en su lugar, por lo cual se hallaba en relaciones con Leclerc ; y apenas Emiliano le dijo quién era y lo que deseaba saber, lleno de alegría fué á casa de los dos esposos, conduciendo á ella á su hijo, á quien diez años hacia lloraban por muerto, y ahora le recobraban rico, bien educado, ya hombre y lleno de amor para con los autores de su existencia, gracias todo á la probidad y desvelos de la buena Brígida. Despues de pasadas las efusiones de cariño, dieron á aquella mujer las gracias por tantos cuidados, y le ofrecieron tenerla como hermana en su casa el resto de su vida.

Terminado el relato, madama Leclerc y su familia se retiraron exigiendo de Palemon y sus hijos que al dia siguiente fuesen á la quinta de Brígida, que este nombre quisieron dar á aquella posesion, y se despidieron.

TARDE XLVII

LOS PLACERES INOCENTES.

¡ Qué agradable es disfrutar
De esa dicha verdadera,
De que á la amistad sincera
Solo la es dado gozar !
¡ Cuán grato es el festejar
Al tierno padre amoroso,
Al amigo cariñoso
Que fiel nos tiende su mano,
Al pariente ó al hermano
Que nos aprecia afectuoso !

La mañana del siguiente dia se reunió á desayunarse la jóven familia de Palemon, que toda la noche se habia ocupado hasta en los sueños, con los diversos accidentes de la historia de los padres de Emiliano, cuyo asunto ocupó tambien la atencion de la familia durante el desayuno. La avaricia de Mr. Dubourg, y la relajacion del conde de Armance, convencieron á nuestros jóvenes de que si es cierto que se encuentran generalmente personas benéficas, tambien lo es que muchas veces suelen hallarse sugetos inmora-les, corrompidos y perversos.

Leon dijo: Es como una novela la vida de ciertas personas : y á la verdad me parece que todo cuanto leemos en los libros, aun en los de pura invencion, se ha verificado ó debe verificarse. ¡ Suceden tantas cosas en el mundo, ya por debilidad de unos, y